

LA PIEDRA 'E ÑAUPA

Rolando estaba profundamente dormido y sintió un borboteo en el baño. Se enderezó apenas con esas flemas que se cruzan en la garganta al despertarse, y abrió la puerta.

El olor a mierda le dio en plena cara y el agua servida, en cosa de un segundo, inundó el pasillo, la cocina y su dormitorio. Lentamente vio cómo cubría su camisa blanca del trabajo, los zapatos que empezaron a flotar como dos canoítas impasibles, el celular que estaba sobre la camisa, y así todo.

No es que no hizo nada porque no le importaba... es que estaba dormido, nomás.

Se sentó en la cama y ahí mismo se dio cuenta de que el agua estaba caliente, y era azul, muy azul, intensamente azul. De un azul fosforescente, con manchas verdosas, iridiscentes, pesadas.

Lo primero que se lo ocurrió fue apagar el televisor, donde “Llame ya” estaba vendiéndole a los insomnes televidentes una especie de canoa que no eran sus zapatos, con la que, de usarla todos los días y hacer una estrictísima dieta, se pierden cinco kilos por día la primera semana, tres en la segunda y así, hasta desaparecer del planeta.

A gatas sobre su súper cama king, se desplazó hasta la mesa de luz, llena de colillas de cigarrillos, caramelos gomitas, facturas para pagar, un rosario de carey con olor a rosas bendecido por el Papa Francisco, y sus lentes. Se los puso y esos eran los de ver cerca... no. Necesitaba los de lejos... o ambos, no sabía.

Buscó también los de lejos, no fuera que...

Con los dos pares de lentes en la mano, y superando el asquito que le daba meterse en el agua podrida y extrañamente colorida, se metió sin pensar más.

Cuando abrió la puerta del baño, se dio cuenta inmediatamente de que el borboteo venía de la rejilla, porque una extraña luz amarilla salía de ese lugar donde, podría jurarlo, estaba normalmente la rejilla ahora desaparecida en un remolino inmenso y aterrador desde el que se escuchaban gritos y lamentos. Rumores a cadenas y un olor a sangre que superaba el olor a mierda.

¡Me cago en Dios!, alcanzó a decir, cuando algo contundente, duro y blanco, le dio en la cabeza y lo tiró de culo al enchastre del agua.

Cuando despertó, el piso estaba seco y el asta de corbata, listo para ir a trabajar. Del castañazo en la cabeza ni noticias, ni dolor ni nada. Del agua iridiscente, menos. Y el baño, era de nuevo el baño.

Joder que he soñado en serio. -dijo en voz alta, como acostumbra toda persona solitaria.

Agarró el saco y salió a la calle. En la esquina ya estaban a los bocinazos, hora pico, padres desesperados estacionados en doble fila para que sus niños, escuela privada mediante, llegaran puntuales, limpios y prolijos, a sus clases de inglés, informática, religión.

Sabía que cruzar, sacar el auto de la cochera para ingresar a esa calle sería imposible, como siempre. De manera que se compró un cafecito al paso, un riquísimo y grasoso bizcochito y se sentó en un banquito acogedor a esperar.

Ya cuando había metido la mano en el bolsillo en busca de monedas, había sentido algo rugoso y pesado en el otro bolsillo interno del saco. Ahora, sin duda, tenía algo, sentía moverse algo donde ni siquiera tenía el celular.

Primero rozó el bolsillo, después lo abrió lo más que pudo, pispiando de a poco, a la luz del sol mañanero. Unos ojos inmensos le inundaron la cara, eran unos ojos redondos, iluminadísimos.

Cerró el saco y de nuevo los golpecitos. Miró y lo vio, un hombrecito iridiscente, delgadísimo, flexible, gracioso. En el bolsillo de su saco.

Tenía algo en la mano, algo que le ofrecía, algo que también brillaba. No decía ni una palabra el hombrecito, pero él sabía, de pronto, todo lo que él quería.

Cruzarse a la escuela. Buscar a la señorita Delia y darle la piedrita.

Sin palabras y como si fuera un amigo de toda la vida, entablaron una amable conversación donde el hombrecito le dijo que disculpara lo de anoche, pero que todo el estropicio se debía a que la operación se había desmadrado y sin cumplir los protocolos pre establecidos desde el tiempo 'e ñaupá, se habían desbordado los efluvios epistolares entre la señorita Delia y el más allá. Debido a lo cual, había sido enviado desde remotas tierras en otro plano astral, a traerle a la mencionada, el opúsculo o cucarda imprescindible para el ciclo lectivo.

Clarísimo, pensó Rolando; y el hombrecito asintió con todo su cuerpo e hizo una caravana con un sombrero de plumas del mismo color del agua inmundada que había anegado el departamento horas antes.

Pero tengo que ir al trabajo, siguió. No te preocupes (ya el hombrecito estaba en su mano), yo atraso y adelanto los relojes, me hago invisible o visible, pequeño o grande, rico o pobre. Ah..., ya, ya, ya -dijo Rolando-, entiendo. ¡Vamos!

Y cruzó la calle porque los autos se detuvieron sin escándalo ni gritos, y él pasó por la senda peatonal como si flotara, rumbo a la escuela en cuestión.

En el hall encontró a las maestras de siempre haciendo la fiaca de siempre antes de entrar de lleno en el aula. Miró y rebuscó, y de pronto la vio venir. Era la señorita Delia, a quien jamás había visto y reconocía entre todas.

Cincuenta y pico de años, zapatos cómodos y una sonrisa tan apacible como un rebaño de ovejas en un prado inglés.

Ella también le sonrió y se dieron la mano como viejos amigos. El tipito en el bolsillo se estremeció, pudo sentirlo claramente. El estremecimiento de un hombrecito de esas características es como la vibración de un celular, pero más calentita.

Entonces fue cuando Rolando le preguntó:

-Disculpe mi ignorancia, estimada Delia, pero... dígame, la piedra (y la sacó del bolsillo), ¿para qué es?

- Ah, ¡La piedra!, dijo ella, ¡La piedra!

Y mientras lo decía, lo fue llevando suavemente por el corredor hacia un aula.

-¿Ve ese chico de ahí?, preguntó. -Era un pibe como de doce años, uno como tantos, ojos atentos y manos sobre el banco. Un chico prolijo-. Él es tan tímido que no habla, no escribe, no dice ni hace nada... y sin embargo tiene tanto, pero tanto para decir y hacer.

En este caso, la piedra o su cercanía, le ayudará de forma vital a desarrollar su imaginación y superar su timidez. Él será un escritor, o un pintor, un matemático brillante... lo que quiera o desee ser, sólo que no puede, le resulta imposible hacer nada. La cárcel de su cuerpo y su mente es tan inmensa que si no saca a brillar lo que tiene, se convertirá en un violento, un nazi, un golpeador. Es en estos casos, estimado Rolando, en que la piedra hace la diferencia. Sí, es verdad que son pocos los casos en los que podemos intervenir, pero algo bueno acá, algo bueno allá, y no cansarse, hace alguna diferencia.

Rolando asintió. Por alguna razón se le había hecho un nudo en la garganta, y mientras entregaba la piedra, saludaba y se iba yendo a ser el que había sido, sintió unas terribles ganas de llorar a los gritos.

No lo hizo ni siquiera cuando constató que el hombrecito iridiscente también se había esfumado.

Cuando volvió a su casa, esa noche, hizo lo de siempre. Unos huevos revueltos, la tele, las pantuflas y el reloj... rutina y baile de rutina.

Pero después apagó las luces, la televisión, el celular. Se fue al balcón y miró la ciudad. Adivinó las avenidas y pensó vidas en tanto departamento del frente, del costado, atrás y adelante. Tanta vida.

Y también pensó en una mujer de ojos mansos y un pibe que a esta hora, en este momento, en este mismo instante, estaba saliendo de su jaula de temor para volar.

Pensó en las maravillas ocultas, en los misterios y los milagros.

Entonces las lágrimas rodaron y rodaron, libertarias.

Se fue deslizando contra la pared, hasta quedar sentado en el piso del balcón.

Y una musiquita se le pegó a la cabeza y terminó en su boca, hasta el amanecer: “quien dijo que todo está perdido/yo vengo a ofrecer mi corazón”.